

# El Espíritu Santo, alma de una específica espiritualidad sacerdotal. Reflexiones a la luz de *Pastores dabo vobis*

*The Holy Spirit: the Soul of a Specific Priestly Spirituality.  
Reflections about Pastores dabo vobis*

FERNANDO VALERA SÁNCHEZ

Obispo de Zamora. España.  
fvalerasanchez@gmail.com

DOI: 10.52039/seminarios.v68vi232.2233

**RESUMEN:** El artículo reflexiona sobre la actualidad del capítulo tercero de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, con la convicción de que el paso del tiempo en nada disminuye la fértil aportación para la espiritualidad presbiteral asentada en una vida que debe tomar conciencia permanentemente del don carismático recibido. Una vida sacerdotal plena requiere, cada vez más, de una profunda espiritualidad que se haga cargo del don y misterio recibido, así como de altas dosis de inteligencia evangélica para seguir haciendo presente el amor de Dios en este mundo secularizado.

**PALABRAS CLAVE:** Amor, don, Espíritu, espiritualidad sacerdotal, sacramento del orden

**ABSTRACT:** This paper reflects on the relevance of the third chapter of the apostolic exhortation *Pastores dabo vobis*, with the conviction that the passing of time in no way diminishes the fertile contribution to a priestly spirituality based on a lifestyle that must be permanently aware of the charismatic gift received. A full priestly life requires a deep spirituality that takes charge of the gift and the mystery received as well as high doses of evangelical intelligence to continue making God's love present in this secularized world.

**KEYWORDS:** Love, Gift, Spirit, Priestly Spirituality, Sacrament of Holy Orders

## 1. INTRODUCCIÓN

Uno es deudor de su historia y de aquello que le ha configurado en la vida, así que escribir sobre el capítulo tercero de *Pastores dabo vobis*<sup>1</sup>, es siempre un regalo y una sorpresa nueva: «Ciertamente, el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual» (PDV 33).

1. Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis de su Santidad Juan Pablo II al Episcopado al clero y a los fieles sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual*, Ciudad del Vaticano 1992.

A los treinta años de su publicación, este documento sigue teniendo una actualidad grande, no solo porque hace apenas tres años de la publicación de la *Ratio*, y por tanto de su puesta en práctica, sino porque en las distintas ‘Ratios’ nacionales se está implementando dicha propuesta.

La presente Exhortación se orienta fundamentalmente sobre tres líneas básicas: la identidad sacerdotal, la espiritualidad sacerdotal y la formación inicial y permanente. No hay verdadera formación si no hay una identidad propia y una espiritualidad específica. Por ello considero central el número treinta y tres de *Pastores dabo vobis* que el Santo Papa Juan Pablo II titula con las palabras del momento epiclético de la oración consecratoria: «Renueva en sus corazones el Espíritu de Santidad» y continúa en su primer párrafo resaltando esta centralidad: «La presencia operante del Espíritu de Cristo en nuestro ser, en nuestro actuar y en nuestro vivir, tal como lo ha configurado, capacitado y plasmado el sacramento del orden». La conciencia del don recibido, lo que el sacerdote es por gracia, supone el núcleo de la vocación, formación y vida sacerdotal. Es una conciencia carismática, es decir, conciencia del don gratuito y del mandato que supone a la misión. Esta realidad hace presente la afirmación del Concilio Vaticano II de la unidad consagración y misión.

## 2. UNA VOCACIÓN ESPECÍFICA A LA SANTIDAD

En virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios que lo llama, elige y envía. Así el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación (*PDV* 19).

La vida espiritual, el camino de santidad del presbítero, es definida en la Exhortación, como un ‘estilo de vida’ o una «vida según el Espíritu» (Rm 8, 9), un «camino según el Espíritu» (Rm 8, 4). Se llama también ‘vida interior’, no en sentido de un intimismo subjetivo, sino por ser un conjunto de actitudes del corazón suscitadas por el Espíritu, que se articulan en convicciones, motivaciones y decisiones. La espiritualidad sacerdotal se desarrolla por la participación en la consagración y en la misión sacerdotal de Cristo, Buen Pastor, y se plantea a la luz de la caridad pastoral. La espiritualidad abarca todo el ser, el saber, el obrar, la vida personal y social. Es una respuesta a la presencia de Cristo que supone un proceso permanente de conversión y de formación, un crecimiento continuo en una armónica integración de madurez humana, cristiana y sacerdotal.

El contexto de secularización y la densidad del momento actual hacen presente esa intuición que hay en la base del presente capítulo tercero: que

nuestros seminaristas y futuros sacerdotes vivan arraigados en una vida espiritual con solidez o el ministerio perderá su consistencia y se hará inviable. La vida espiritual del presbítero está fundamentada en una única y esencial santidad cristiana de donde nacen los diversos modos de vivir la vida según el Espíritu. Existe la convicción de que la ‘unidad de vida’ se asienta en una experiencia profunda de Dios, en la humilde confianza de ser llamado a formar parte del grupo discipular del Señor, configurando la propia vida en Él y la confianza de ser sostenido en el devenir de la existencia sacerdotal. Vida espiritual es vida en el Espíritu de Jesús que se alimenta en la mesa de la Palabra y de la eucaristía.

El sacerdote es un cristiano que, debido al sacramento del orden, queda configurado con Cristo, Cabeza y Pastor. Tal configuración entraña un cambio real y efectivo en la persona, significa un germen de vida que implica una forma específica de vivir en el Espíritu, de seguir a Jesucristo, de participar en su vida trinitaria. Esta forma específica es la caridad pastoral (PDV 23, 23). Este principio interior da al presbítero una fuerza que lo impulsa a ser libre para amar a los demás. Aquí radica el dinamismo de la caridad, de la autenticidad, de la vida y en la vida. La caridad pastoral es el horizonte configurador de la espiritualidad que emana del Espíritu, fuerza y corriente de amor que une al Padre y al Hijo. Esto se traduce en un estilo de vida arraigado en el misterio de una Iglesia en comunión y misión. El presbítero es un hombre que ha recibido la vida divina en el bautismo y que, además, ha sido configurado con Cristo, Cabeza y Pastor por medio de la imposición de manos y la oración consecratoria. Pero no sucede de una vez y para siempre, sino que aquel don debe renovarse mediante la conversión en el ministerio que se hace actual en la formación permanente. El Espíritu ‘cristifica’ la vida del ministro que se hace actual en el encuentro íntimo con Dios, en la realización del servicio humilde a los más pobres, en una relación profunda con los demás y en una vida pastoral llena de gozo y esperanza. En definitiva, se trata de conformar la existencia con el corazón del Buen Pastor.

### 3. LA CONFIGURACIÓN CON JESUCRISTO, CABEZA Y PASTOR, Y LA CARIDAD PASTORAL

La Exhortación presenta a Jesucristo, «Cabeza de la Iglesia, su cuerpo», en un sentido nuevo y original de ser «Siervo». No hay otra forma de ejercer el ministerio de la autoridad que sirviendo. El presbítero, ontológicamente por el diaconado, es siempre servidor. Por otra parte, por la ordenación recibe también la autoridad de Jesús, Cristo Cabeza:

La autoridad de Jesucristo Cabeza coincide pues con su servicio, con su don, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia. Y esto en obediencia perfecta al Padre: Él es el único y verdadero Siervo doliente del Señor, sacerdote y víctima a la vez (PDV 21).

A partir de aquí, la vida espiritual de los seminaristas y de los presbíteros estará caracterizada por esta actitud de servicio al santo y fiel pueblo de Dios.

La afirmación en torno a la imagen de pastor de la iglesia es la entrega total de Cristo a la Iglesia, imagen que es propia de la entrega del esposo a su esposa. Jesús es el verdadero esposo. El sacerdote está llamado a ser esta presencia viva de Jesucristo, esposo de la iglesia. Por tanto, está llamado a vivir en su vida espiritual esta misma entrega. Este rasgo esponsal es el testimonio del amor mismo de Cristo. De esta forma el sacerdote es capaz de amar a la gente con un corazón como el de Cristo.

El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo, Cabeza y Pastor, es la «caridad pastoral» (PDV 23).

La caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del orden, es el eje que sustenta la unidad de vida del presbítero desde sus múltiples relaciones: con el Dios-Trinidad, con el Padre que le elige en Jesucristo, con el Hijo, al que representa en su ministerio, con el Espíritu, bajo cuya luz actúa en la comunidad. Pero también con el presbiterio, en el que bajo el cayado del obispo y en obediencia, vive en comunión y fraternidad sacramental el servicio a la Iglesia como anuncio del Reino a la comunidad en la que ejerce su ministerio y desde ella al mundo.

La caridad pastoral es un concepto sintético que quiere expresar la peculiaridad de la espiritualidad del presbítero, es decir, esa impronta que hace que Jesús sea el ejercicio del ministerio, de tal forma, que garantiza la comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo Buen Pastor. No es otra cosa que amar a la gente con un corazón nuevo, grande y generoso, con una auténtica renuncia a ser uno mismo para entregarse así para siempre y del todo. Un amor fiel, lleno de ternura, incluso con cariño materno, «hasta que Cristo sea formado en los fieles» (PDV 22). Es una vida llena de humanidad, de afecto, de comprensión, de compasión y de misericordia. Y así quedar constituidos como presbíteros, testigos de la misericordia de Dios con los pecadores, de la alegría consoladora del perdón y del encuentro con Dios rico en misericordia. La caridad pastoral supone servir como en el lavatorio de los pies donde Jesús deja a los suyos el modelo concreto de servicio que deberán ejercer los unos con los otros. Un servicio que llega a la plenitud con

la entrega en la cruz, don de Jesús en la humildad y en el amor: «no es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey» (PDV 23).

El servicio y la entrega en el presbítero son la expresión sacramental de la donación de la totalidad de la vida con un auténtico sentido sacrificial-sacerdotal. La eucaristía es su expresión plena. Y es expresión plena por lo que supone de entrega para un servicio al hombre de hoy. Una entrega, eso sí, alejada de cualquier actitud de presunción, alejada de toda superioridad y ajena a cualquier modo de ejercicio de poder que no esté siempre y exclusivamente justificado por la caridad. El presbítero es un ministro servidor de Jesucristo en humildad e intimidad con Él y, por lo mismo, de la Iglesia: su cuerpo y esposa.

#### 4. LA VIDA ESPIRITUAL EN EL EJERCICIO DEL MINISTERIO

La consagración es para la misión. De esta manera, no sólo la consagración, sino también la misión está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador (PDV 24).

La vida espiritual del presbítero es una llamada a la santidad en el propio ministerio. Supone un modo de ser realizado por Dios. Es en el propio ministerio, y no fuera o más allá de él, donde los presbíteros tienen que santificarse. Es en el ejercicio del propio ministerio donde se crece en la fe, se profundiza en la vida espiritual y donde se vive la profunda intimidad con el Señor mediante el anuncio de la Palabra, por medio de su escucha y sostenidos por la oración. Por medio de la Palabra, se hace servidor es la que santifica. Por la celebración de la eucaristía, se sumerge en el misterio pascual, allí donde se vive ‘en Cristo’, aprendiendo a ofrecer la propia vida. Pero, cómo no, cuando se anuncia la misericordia de Dios, impregnado, en primer lugar, el propio ministro. Cuando se besan las llagas de los enfermos, de los pobres, de los injustamente tratados; cuando se lavan los pies de los hermanos... Ahí se está participando de la caridad de Cristo, Pastor de sus ovejas. Es ahí donde se encuentra el pozo donde se bebe el agua que mana del propio ministerio.

La espiritualidad en el ejercicio del ministerio tiene siempre la tensión entre la oración y el trabajo, entre el trato asiduo con el Señor y la misión apostólica, entre el momento en que se es evangelizado y aquel en el que se evangeliza. Tensión que fue la del mismo Jesús, que busca lugares solitarios para orar, mientras en otras ocasiones, es arrancado de la soledad por las multitudes que piden su presencia, como ovejas sin pastor.

El día a día del ejercicio del ministerio en su triple dimensión: «la Palabra, el sacramento y el servicio de la caridad» (PDV 26) tiene, entonces, una íntima relación con la vida espiritual del sacerdote. Escuchar al Señor que habla en el corazón a través de la Sagrada Escritura, hasta llegar a adquirir un corazón que escucha, para poder ser un hombre de Dios, es decir, un presbítero radicalmente perteneciente a Dios, un siervo de Dios, totalmente a su servicio, que está siempre a la escucha de la voluntad del Señor. Es el camino de la comunión con aquel que habla al corazón. Es escuchar a Dios para saber escuchar a los hermanos que Dios le confía. Es aprender a escuchar a Dios escuchando al hombre concreto, escuchando sus sufrimientos y acogiéndolos con entrañas de misericordia. El presbítero, a imagen de Jesús, carga con el peso de la fragilidad y con las dolencias de los que acuden a él (Cf. Mt 8, 16-17; Is 53, 4). Es el ministerio de la presencia, de la cercanía, de la intercesión.

En nuestro mundo secularizado, en la gente que parece que no necesita del sacerdote o que ha marginado a Dios, urge, todavía más, saber hacer presente la misericordia del Señor. Y hoy, toda esta tarea de presencia creyente, activa y significativa exige altas dosis de creatividad, de inteligencia evangélica, de vivencia radical de un amor infinito que siempre está dando de sí exactamente al tiempo que uno se da del todo.

## 5. EXISTENCIA SACERDOTAL Y RADICALISMO EVANGÉLICO

Como escribe San Pablo a los filipenses, el sacerdote debe tener los mismos sentimientos de Jesús despojándose de su propio «yo» para encontrar, en la caridad obediente, casta y pobre la vida maestra de la unión con Dios y de la unidad con los hermanos (PDV 30).

El radicalismo evangélico promueve una serie de virtudes y exigencias éticas en el presbítero que se pueden concretar en los diversos consejos evangélicos que Jesús promueve y que emanan del mismo sacramento. Los tres consejos vividos en la vida sacerdotal suponen un desprendimiento total. El Espíritu es un sujeto que no habla en nombre propio, por tanto, acompaña y posibilita la misión del Hijo, así el presbítero configurado con Cristo puede ser signo de Jesús Buen Pastor. Signo que se hace explícito en lo que San Juan Pablo II llama ‘radicalismo evangélico’: El celibato por el Reino, la obediencia y la pobreza en el amor.

### a) *El celibato por el Reino de Dios*

El celibato es «señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de especial fecundidad en el mundo... participación singular de

la paternidad de Dios» (PDV 29). Es un amor abierto a la vida, la vida que estaba en Dios y que es un amor fontal y gratuito, personal y universal, creativo y paternal, cercano y lleno de ternura. Amor fecundo en un mundo a veces árido y espeso que exige renuncia como expresión del máximo amor. Es una vida que colma a la persona con el fuego de su amor, consuela y libera, abre a nuevas experiencias de encuentro y crecimiento, se proyecta en obras de amor vital, genera ríos de agua viva. El celibato supone un signo del amor de Dios en los empobrecidos y marginados del amor. Allí donde habitan la soledad y el abandono, el Amor se acerca para decir su palabra más plena y fundamental.

El Espíritu es fuego, amor y energía. En el himno *Veni Creator Spiritus* le llama *ignis* y *caritas*: fuego y amor. La misión del presbítero necesita hoy ese fuego que calienta, que anime o queme los rastros inútiles; que libere de la pereza o de la rutina. Misión en medio de los marginados del amor para construir comunidades de comunión y entrega donde el fuego del Espíritu abre al amor interpersonal, entre sí y, desde ahí, a todos los hombres. El celibato en la vida sacerdotal es eminentemente un signo del discipulado y de la configuración con Cristo en el ministerio.

#### b) *Obediencia en el amor*

Cristo «hecho obediente hasta la muerte» (Flp 2, 7) es la imagen de la libertad que se entrega en manos del Padre para que por la fuerza del Espíritu se desarrolle el misterio del amor de Dios en una Iglesia comunión. La obediencia en el presbítero nace de la caridad pastoral, es una actitud filial, signo de la disponibilidad a la acción evangelizadora de la Iglesia, en comunión con el obispo y con el presbiterio. Esta nace del mismo sacramento, es decir, de una efusión del Espíritu. Por la ordenación, Dios, con el don del Espíritu Santo, confiere al presbítero la tarea de anunciar el evangelio, de santificar y de guiar al pueblo de Dios. La obediencia es libertad de amar y de entregar la propia vida a Aquel que ha amado hasta la entrega en cruz. De este modo, la obediencia es apostólica, comunitaria y pastoral.

La ordenación significa el sacrificio de una vida en aras de la misión ministerial de la Iglesia. Es oblación, entrega de sí y renuncia a sí. De ahí, que la obediencia que mana del sacramento debe ser una obediencia sin servilismos vivida en la humildad del seguimiento. Esta misión tiene que cumplirse con la autoridad de Jesús, es decir, con la autoridad del siervo como espiritualidad de comunión al servicio de la Iglesia.

El carácter pastoral de la obediencia significa disponibilidad, escucha a Dios y a los hermanos para emprender el camino del Reino. Es docilidad y



sensibilidad para captar las diferentes llamadas de la realidad y así dejarse impactar por las necesidades y por las angustias, por los anhelos y por las esperanzas de los hombres. Sólo el que puede dar su libertad en el amor, puede salir de sí y dejarse envolver por los deseos y las esperanzas de los hombres.

c) *Pobreza en el amor*

En realidad, sólo el que contempla y vive el misterio de Dios como único y sólo bien, como verdadera y definitiva riqueza, puede comprender y vivir la pobreza, que no es ciertamente desprecio y rechazo de los bienes materiales, sino el uso agradecido y cordial de estos bienes y, a la vez, la gozosa renuncia a ellos con gran libertad interior, esto es hecha por Dios y obediencia a sus designios (*PDV* 30).

La pobreza en el presbítero significa la decisión de poner la propia confianza básicamente en Dios y en los criterios que emanan del Evangelio, es decir, en los medios pobres y en las actitudes sencillas.

Caminar pobre y entre los pobres implica identificarse con la misión de Jesús, asimilar su estilo y mucho más el misterio de su encarnación pobre y entre los pobres. La vida del presbítero exige hacer una opción afectiva, no de poder, prestigio, éxito, sino de humildad, de disponibilidad y de solidaridad. Las consecuencias ministeriales de estas actitudes existenciales que crea el Espíritu conllevan reconocer las propias limitaciones y debilidades. Estamos marcados con el sello de la debilidad y de la fragilidad. La humildad del apóstol es fundamental en la aceptación de la propia realidad. Así, expresarse como pobres en el mundo del gran dios de la apariencia, es quitarse las máscaras para hablar desde la realidad que se es. Esto es lo que Dios ama y el Espíritu vivifica.

Quien accede a Jesús se encuentra siempre con su pobreza, que desde luego no es solo una actitud existencial necesaria, sino un proyecto donde la proclamación del sermón del monte es una realidad efectiva. En la pobreza del discípulo está en juego la credibilidad del anuncio.

## 6. PERTENENCIA Y DEDICACIÓN A LA IGLESIA PARTICULAR

La Exhortación apostólica, por primera vez, vincula como dinamismo espiritual la pertenencia a la Iglesia particular:

Desde esta perspectiva es necesario considerar como valor espiritual del presbítero su pertenencia y su dedicación a la Iglesia particular, lo cual no está motivado únicamente por razones organizativas y disciplinarias; al contrario, la relación con el obispo en el único presbiterio, la coparticipación en su



preocupación eclesial, la dedicación al cuidado evangélico del pueblo de Dios en las condiciones concretas históricas y ambientales de la Iglesia particular, son elementos de los que no se pueden prescindir al dibujar la configuración propia del sacerdote y su vida espiritual (*PDV* 31).

La iglesia particular no es solo el lugar de la vinculación del presbítero diocesano, sino la de todos los presbíteros. Este sentido de pertenencia surge de la conciencia de una nueva realidad que toca el ‘yo’ más profundo y por eso constituye la propia identidad. El presbítero es miembro de un cuerpo, siguiendo la metáfora paulina. La identidad del sacerdote surge y se funda en la comunión de un centro común, de un ideal, de un objetivo, de un motivo que entusiasma, que magnetiza y que es captado en experiencias personales e institucionales que empiezan a ser intercambiadas y mutuamente corregidas, purificadas y completadas. Los carismas no se contraponen, sino que se complementan.

San Juan Pablo II presenta en esta pertenencia un lugar de significados, un plexo de criterios de discernimiento y de acciones que configuran tanto la misión pastoral como la vida espiritual:

Es necesario que el sacerdote tenga la conciencia de que está en una iglesia particular constituye, por su propia naturaleza, un elemento calificativo para vivir una espiritualidad concreta (*PDV* 31).

Tener un carisma propio (diocesano, religioso) tiene que dar una capacidad de amar a la comunidad del presbiterio, de sentirla como una propia y verdadera familia, de acoger a los hermanos con toda la carga de limitaciones y de debilidades, con sus dones y pobreza, decidiendo ser, entre todos y para todos, un solo presbiterio, porque más allá de las diferencias y más fuerte que todas las miserias está este proyecto común pensado por Dios y confiado a cada uno para el bien de muchos. Cada presbítero se hace responsable del crecimiento de cada hermano y de la marcha del presbiterio en su conjunto. Por ello, este sentido de pertenencia quiere insistir en la responsabilidad para crecer juntos en la fidelidad al plan de Dios Padre que en Jesucristo da el Espíritu de unidad. La identidad del presbítero está constituida por ser ‘don’ que viene de lo alto, del mismo proyecto inicial del Creador de hacer al hombre a su imagen y semejanza, y por ser ‘misterio’ por el que se hace presente el mismo Cristo en la misión vital que constituye la existencia sacerdotal. El vínculo que une entre sí a los que llevan el mismo nombre no procede de la carne ni de la sangre, sino de Dios, y por eso, mucho más fuertes que los vínculos carnales, son los aspectos que se afirman y se afianzan en el sacramento del orden como realidad ontológica, de donde toma su origen la comunión sacramental

entre los presbíteros. La primera comunidad natural para el presbítero es la comunidad de los sacerdotes ordenados. Sin esa comunidad de referencia, el orden perdería su vitalidad, su identidad carismática y toda su especificidad.

El sentido de pertenencia del presbítero a la comunidad diocesana –que tiene como cabeza al obispo–, suele ser un rasgo evidente de la identidad sacerdotes, donde la inserción en una iglesia particular se hace camino de espiritualidad y lugar de experiencia de Dios. El sentido de pertenencia tiene, en ese sentido, una dimensión espiritual constituyente sobre la que se funda la incardinación canónica obligatoria. Sólo desde esta conciencia de pertenencia a la iglesia particular tiene sentido la apertura misionera a toda la universalidad de la Iglesia. La catolicidad se vive ministerialmente en la particularidad de cada *portio* de la Iglesia universal. Esta dimensión eclesiológica fundante es constituyente del ministerio sacerdotal.

La comunión es don del Espíritu en el presbítero, pues es sacramento de la mediación de Cristo, que le une a Dios y a los hombres. Lleva a los hombres a Dios y hace que se unan entre sí, les hace santo pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y camino de unidad en la fe. El sacerdote es, por tanto, signo e instrumento de comunión en la Iglesia local y al mismo tiempo signo de comunión con la Iglesia universal.

## 7. «RENUEDA EN SUS CORAZONES EL ESPÍRITU DE SANTIDAD»

Ciertamente, el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. El crea el «corazón nuevo», lo anima y lo guía con la «ley nueva» de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo. Como don totalmente gratuito y como mandato de responsabilidad. La conciencia del don infunde y sostiene la confianza indestructible del sacerdote en las dificultades, en las tentaciones, en las debilidades con que puede encontrarse en el camino espiritual (*PDV* 33).

El capítulo tercero sobre la vida espiritual del presbítero finaliza con una llamada «a renovar en el corazón el espíritu de santidad». Palabras de la parte epiclética de la oración consecratoria. Es la fe en que el Espíritu de Cristo tiene una presencia operante en el actuar real y en el vivir concreto del presbítero. El Espíritu Santo es el centro de la vida espiritual. Esta es la dimensión fundamental de su vida, lo que le caracteriza y da identidad, es decir, aquello que logra unificar la totalidad de sus dimensiones concretando así la caridad pastoral de Cristo como su propia imagen. Por ello el Papa termina la reflexión de la vida espiritual del presbítero preguntándose: «¿cómo

no reflexionar sobre la función esencial que el Espíritu ejerce en la específica llamada a la santidad propia del ministerio sacerdotal?».

La Exhortación expresa el deseo de una verdadera renovación del «don recibido en la imposición de manos». El Espíritu derramado en el corazón del presbítero es el Espíritu del amor que le configura con Jesucristo, Cabeza y Pastor, para llevar la salvación de Dios a todos los hombres. Es el ‘carisma de la caridad pastoral’ el que se derrama sobre el presbítero. El amor es la experiencia de Jesús y su mandamiento. Su testamento es: amaos los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15, 12b). El carisma del sacerdocio es gracia pascual y cristiforme que remite al modo como Jesús vivió el amor y murió en y por el amor a los hombres. Esta es la obra buena que comienza en el corazón del presbítero con la ordenación y que se lleva a su cumplimiento en el fin de los tiempos.

La vida espiritual es vida según el Espíritu. Es el Espíritu el que distribuye sus diversos y complementarios dones para que el hombre se encarne en las circunstancias propias de su vocación específica. La espiritualidad específica del presbítero brota de la misma realidad teológica de ser sacerdote. La identidad sacerdotal nace de la unión entre la ‘imposición de manos y la oración sacramental’; entre Cristo sacerdote y la sacramentalidad de la Iglesia. Por la materia y la forma de la ordenación, por esa especial conexión *gestis verbisque*, el sacramento del orden configura al candidato para ser signo e instrumento de la acción de Dios en la comunidad eclesial. La representación de Cristo supone el sacramento del orden y tiende a comunicar a cada creyente el dinamismo de dicha ofrenda. De aquí surge una espiritualidad dinámica y humilde, pues pierde el sujeto su protagonismo en nombre de Otro que pasa a primer plano para que la fuerza de la caridad redentora del mundo pase, ahora, a primer plano. Es la gracia de Cristo la que se actualiza en la donación del sí mismo del presbítero al mundo. El don, que es también misterio, según el célebre texto de Juan Pablo II, requiere ser vivido por el presbítero. Es la profundidad del origen personal y sacramental, junto a la misión, lo que es un único misterio de hondura y transcendencia que exige una respuesta agradecida y fiel. Esta profundidad despierta en el presbítero su verdad y encuentra en Cristo su rostro. Todo se completa en el ejercicio del ministerio por la acción del Espíritu de Amor.

El Espíritu de santidad, en suma, introduce al sacerdote en el misterio del amor de Dios. Sólo el Espíritu es el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote en la misión recibida.